

*Textos inéditos  
de Juan García Hortelano*

Juan García Hortelano

LA GLORIETA DE LAS DEVOTAS

Novela

res andan por ahí. Eso sí, ya me cuido yo de que Consorcia esté siempre en casa cuando él viene de visita. Mira qué atardecer más impresionante...

Sin embargo, Rosario se sentó de espaldas a los bosques de la sierra y buscó precipitadamente el mechero.

- ¡ Uf !, estaba deseando sentarme para fumar un cigarrillo.

Marcela, aún de pie, contemplaba la neta división de sombra y amarillenta luz solar que diagonalmente, como un cortafuegos, dividía la ladera de hayedos más cercana al Mirador de la Fuente. El espectro del recuerdo de una tarde de su infancia le obligó a cerrar los ojos y a aspirar simultáneamente el aire, como si bebiera un trago de agua fría, y el olor a piedra recalentada por el sol. Algo, que su memoria no podía precisar ni rechazar, le advertía de haber vivido ya aquel instante en otro lugar. Intentó engañarse a sí misma y pensó en Treviso, tendido junto a la alberca a la hora de la siesta, pero la imagen del niño dormido se resistía y, a cambio, se imponía contra su voluntad la imagen de una mujer tendida sobre la hierba, que fingía dormir. Marcela abrió los ojos y, ante la evidencia de aquel paisaje conocido, temió que había dejado escapar, probablemente por creerla inmerecida, la revelación de un modo de dicha. Cuando se sentó, Rosario encendía otro cigarrillo.

- Se me había olvidado cuánto me gusta esta ciudad. A pesar de sus gentes - añadió Marcela -. ¿ Quién me iba a decir, cuando este verano decidí quedarme en Nubada, que saldría y volvería en diez días, como en alguna de esas escapadas que otros años hemos hecho tú y yo a Ledo antes o después del veraneo ? Hace mucho, cuando era una chiquilla y me dijeron que había muerto mi madre, los veranos constituían para mí la época mágica del año y no me resignaba, bajo ninguna excusa, a que se variaran los ritos establecidos del veraneo en Turbión. Si durante dos o tres días llovía sin pa-

rar, por divertido que lo pasáramos en nuestra casa y en las casas de los Focsani o de los primos Perú, yo consideraba la lluvia como un castigo del cielo por mis pecados. Luego volvía a lucir el sol, volvíamos a bañarnos en la alberca, y me sentía perdonada. En aquel entonces estaba convencida de que Dios se preocupaba permanentemente de lo que yo hacía, o dejaba de hacer, de lo que pensaba, hasta de lo que simulaba no pensar para no ofenderle. Olalla me secretea que en la capilla de la España Nueva la Señora se le aparecía a su abuelo y le ordenaba que transmitiera sabios consejos al caudillo para que pudiera preservar a nuestra patria de la guerra mundial. El viejo Focsani cumplía puntualmente los encargos y, en agradecimiento, la Señora le proporcionaba también a él sabios consejos para que la España Nueva diera todos los años buenas cosechas. Un día, por fin, me atreví a preguntar a Olalla por qué, lo que sería más cómodo para la Señora y más rápido, la Señora no le transmitía directamente sus sabios consejos al caudillo. Según Olalla, la Señora, que por su naturaleza divina era pacífica, no debía hablar cara a cara de asuntos <sup>políticos y estratégicos</sup> ~~políticos~~ con un general. Y yo me propuse casarme, en cuanto tuviese la edad, con un general invicto y, a ser posible, alto.

Mientras escuchaba a Marcela, Rosario se había levantado y, girando sobre sí misma, se había apoyado de codos sobre el respaldo de piedra. Con una rodilla sobre el asiento, parecía escrutar desde la proa del mirador de la Fuente y por encima de la ya indistinta masa de los bosques la aparición de una estrella.

- Hay días en que te envidio por creer en Dios - dijo Rosario y, casi al instante, sintió sobre el tobillo de su pierna doblada una mano de Marcela.

- También yo envidio, a veces, tu infancia - contestó Marcela y Rosario se obligó a no mirarla.

Juan García Hostelano

~~INVENTARIO~~  
LAS NUBES DE ANTAÑO

El camino del quiosco

"— He aquí, señor, rompidos y desbaratados estos agüeros, que no tienen que ver más con nuestros sucesos, según que yo imagino, aunque tanto, que con las nubes de antaño."

Episodio número

21 noviembre 1987  
2

domingo es incapaz de verme en mi mañana de sábado.

Yo sé que se ha detenido inconscientemente a causa del agnio o por a cerveza y a maniscos, que expone "El Laurel de Baco". Tardeará aún muchos años en reconocerse a sí mismo y en reconocer delante de los amigos que detesta la cerveza y los maniscos. Cautivo de muchas convenciones, él, que sólo a ráfagas es rebelde, todavía teme ser extravagante. La permanente conciencia de su pobreza le impide esa extravagancia de aborrecer la cerveza y los maniscos, dos productos tenidos por lujosos por la mayoría. Quizá intuye ya que a un pobre no le está permitida ser natural. Pero, desde luego, lo que <sup>me</sup> ~~me~~ <sup>es</sup> es que su aborrecimiento <sup>(de la cerveza y de los maniscos)</sup> sea interpretado como el pretexto que llega lastimosamente para no confesar claramente que no tiene dinero para maniscos y cerveza. Mientras no tenga quien le caee, <sup>(1)</sup> preferirá la simulación de sus verdaderos gustos y, llegada la ocasión, rehusará entrar en una carnicería ("¿y en bebí tanta, que me dejó hanta") o, si se negativa resulta imposible, entrará, beberá y pagará, a costo de <sup>un</sup> embrollo económico. <sup>salir</sup> de casa en una semana.

¿A quién engaña este desvalido? A él mismo, desde luego, y es lo que me obliga a despreciante, a despreciar su poquedad, su ánimo encogido que, frente a los demás, está siempre dispuesto a pactar consigo mismo en perjuicio de sí

(1), si tengo dinero para ~~no~~ pagar lo que no le gusta,